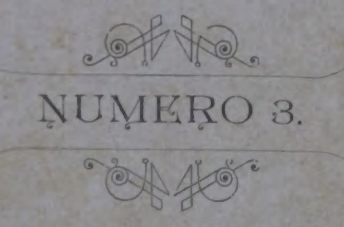
LIRA

DEL

Colegio de Infantes



NUMERO 3.



GUATEMALA.

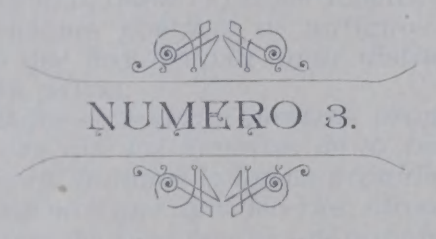
Imprenta «La República,» 8a. Calle Oriente, Número 3.

1899

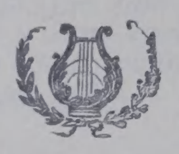
LIRA

DEL

Colegio de Infantes



NUMERO 3.



GUATEMALA.
Imprenta «La República,» 8a Calle Oriente, Número 3.
1899

ADVERTENCIA

Dimos principio á la publicación de la "Lira del Colegio de Infantes" con el temor de que no podríamos continuarla, principalmente por el poco interés que despiertan entre nosotros los trabajos de esta índole, sobre todo cuando aparecen con tan modestas condiciones. Pero ese temor se cambió en satisfacción al ver la benevolencia con que el público recibió, desde el primer folleto, esta serie de composiciones poéticas de antiguos alumnos del Colegio que hoy ocupan lugar distinguido en la literatura patria.

Empeñados en realizar nuestros propósitos, y contando con que los amantes de lo bello continuarán dispensándonos la buena acogida que hasta ahora tenemos que agradecerles, ofrecemos hoy composiciones de cinco poetas que no han figurado todavía en ninguno de los opúsculos publicados con anterioridad: Lic. don José Vicente Martínez, Dr. don José Azurdia, Lic. don Manuel Paz, don Antonio Valladares y don José Víctor Galván, muerto en temprana edad y cuando comenzaba á distinguirse como buen lírico.

Guatemala, noviembre de 1899.

LOS EDITORES.

La Profecía de la Conquista

I

En la verde campiña encantadora,
Que el Pensativo silencioso riega;
Do levanta Hunapú su frente erguida
Lleno de encanto y majestad serena;
El príncipe Itzayul, joven guerrero,
Con Suquinay, su hermosa compañera,
Apura de la vida en la ancha copa,
Que en sus trémulas manos centellea,
Del licor de la dicha desbordante
El embeleso y la embriaguez primera.
¡Cómo el mancebo apuesto y generoso
Adoraba á su esposa dulce y buena!
Y cómo Suquinay correspondía,
Rendida, amante, apasionada y bella,
Al príncipe feliz, que no ha diez soles
Su poder ostentando y sus riquezas,
En la alegría de nupciales pompas,
Su amor, su corazón, su fe le entrega!
¡No hay cielo que no manche obscura nube,
Ni arroyuelo que el cauce nunca tuerza,
No hay perfume que el viento no arrebate
Ni árbol que eterno en el pensil florezca!
Sagrado pacto á Itzayul obliga
A marchar al instante en són de guerra,
En unión de los Reyes comarcanos,
A combatir las huestes utatlecas,
Que orgullosas se aprestan á la lucha
Y ya tremolan su temida enseña.
A las delicias, que el amor le brinda:

El templo de Tohil, de alta pirámide
Sobre la cima se levanta audaz.
Las primorosas bóvedas que ostentan
La inspiración y la opulencia al par.
Los pilares de piedra y altos muros
Que el estuco brillante lucen más,
La profusión de flores y de aromas,
Las densas espirales del *copal*
Ante la estatua de Tohil ardiendo,
La sangre humeante en el terrible altar,
¡Ah! Todo infunde religioso espanto
En el alma del pueblo de Utatlán.
Va á comenzar el sacrificio. Suben
Los sacerdotes con adusta faz
La angosta y empinada escalinata
Que á la puerta del templo entrada da.
Con una argolla al cuello y maniatado
Un mancebo gentil camina atrás,
En cuyos ojos de ternura henchidos
Pinta el dolor su lobreguez mortal,
No distante de allí, doliente grita
Un ave de plumaje singular:
¡Oh, no hay duda, la víctima es el príncipe
Y el pájaro fiel es su quetzal!
Prisionero de guerra en holocausto
A los sangrientos dioses de Utatlán,
El Pontífice y rey con sacra pompa
En aras de Tohil le inmolará.
Dió principio la cruenta ceremonia,
Y prosternado el pueblo ante el altar,
De su triple dosel de hermosas plumas
El pontífice al ara marcha ya;
Se inclina ante Tohil, y con voz grave
Recita estas palabras: "Huracán,
Hermosura del día, oye propicio
Nuestras preces fervientes.—Haya paz
En tu presencia. Corazón del cielo,
De la tierra Creador, Señor del mar,
A tu pueblo sumiso dale gloria,

Refleja en él tu augusta majestad;
Danos hijos, Señor, y al enemigo
De tu pueblo violenta muerte da."
Dichas estas palabras, toma airado
Y resuelto á la vez la arma fatal,
Que de Itzayul en el desnudo pecho
Clava certero y hunde sin piedad.
El príncipe Itzayul se agita y muere,
Y el ave compañera, el fiel quetzal,
Grita en los aires y dirige el vuelo
En busca de la pobre Suquinay.
Los sacerdotes entre tanto llegan
Ante el cadáver que caliente está,
Arrancan de la víctima, feroces,
El palpitante corazón, y van
Rociando con su sangre las estatuas
De los dioses que adora Cumarcáh.

IV

Ausente de Itzayul vaga afligida
La hermosa Suquinay. Dulces memorias
Del ya perdido amor, extintas glorias,
De luto visten su temprana vida.

Indiferente á cuanto en torno alcanza
Teme al destino el corazón cobarde!......
Y cual el sol, al declinar la tarde,
Muere en ella la luz de la esperanza.

Mas antes de extinguirse en la penumbra
En su alma vierte vívidos fulgores;
Y dicha y paz y música y flores
El áureo sol del porvenir alumbra.

Mira á Itzayul, que vencedor altivo,
Concluida ya la guerra sanguinosa,
En busca viene de la casta esposa
Ebrio de amores al hogar nativo.

Mas ¡ay! á veces que la oprime siente
La garra de mortal presentimiento,
Y fijo y angustioso pensamiento
Tenaz golpea su abrasadora frente.

Errante la mirada por el cielo,
Que el sol decora con matices rojos,
Lágrimas vierten sus nublados ojos
Y estalla el corazón de desconsuelo.

Del quetzal que á Itzayul sigue doquiera
Oye la esposa el grito penetrante;
Y ve ¡infeliz! que el ave agonizante
En torno suyo expira lastimera.

Turbada, ciega, delirante, loca,
Muda de espanto y de dolor transida
Siente en su corazón mortal herida,
Y el cruel destino de su vida toca.

Una sola no más es la existencia
Del quetzal y del príncipe guerrero,
Al nacer Itzayul, el hado fiero
Unióles para siempre en su demencia.

Pronto sabrá la esposa acongojada
Que cautivo Itzayul en la pelea
Fué llevado á Utatlán, donde aun humea
Su sangre en holocausto derramada.

Perdida la razón, con su ventura,
Nada su muerte á columbrar alcanza,
Ni ilumina su senda la esperanza,
Ni una promesa de placer fulgura.

Como brilla en la noche tenebrosa
De la centella el resplandor luciente,
Breve ilumina su turbada mente
De la razón la lumbre esplendorosa,

Entonces ve el presente desolado,
Mira su dicha y su ilusión perdida,
Y de inquietud extraña poseída
Penetra el porvenir como el pasado.

Luego la sombra cubre despiadada
De la razón el resplandor luciente
Y á todo extraña, á todo indiferente,
Prorrumpe en una horrible carcajada.

V

En la regia morada
De los monarcas de Utatlán altivos,
De música acordada
Los sones fugitivos
Llenan el aire, alegres y festivos.

La obscuridad sombría
Con que la noche á la ciudad envuelve
En deslumbrante día,
Que la sombra disuelve
La clara-luz de las antorchas vuelve.

Y recatado avanza
El tiempo, que no sienten aturdidos,
En la ruidosa danza
De placer encendidos,
El monarca y sus nobles escogidos.

Ya la embriaguez rebosa,
La febril algazara crece y crece,
De pronto, pavorosa,
Suquinay aparece
Y la loca alegría desparece.

"Preludio son de muerte
Los ecos estruendosos de la orgía,
Exclama con voz fuerte

La aparición sombría
Que en mudo espanto torna la alegría.

"Ya abre paso sumiso
El ancho mar á la falanje airada,
Que surge de improviso;
De cuya diestra armada
Parte la muerte al rayo encadenada.

"Ved los campos talados,
La asolación reinando triunfadora,
Los altares y dioses destronados,
Impotente en mala hora,
Vuestro carcax y flecha voladora.

"¡Ay, que con sangre humana
Alimentásteis á Tohil sangriento!
¡El morirá mañana,
Y ha menester hambriento
De todo un pueblo el sacrificio cruento!

"De la raza valiente
Que á cumplir el destino se apresura
Brilla sobre la frente,
Elevada á la altura,
La hermosa luz que el porvenir augura."

Dijo y desapareció solemne y grave
La hermosa Suquinay, que enajenada
Por su inmenso dolor y su amargura,
Sin Norte y rumbo pesarosa, vaga......
Poco tiempo después, la pobre loca
Murió á manos del pueblo atormentada!......
Y cumplióse el tremendo vaticinio
Que en su ardorosa exaltación lanzara.

Guatemala: 25 de junio de 1889.

José Vicente MARTINEZ.

Para el Hogar

Hijos míos, pedazos palpitantes
De mi alma, de mi dicha y de mi anhelo;
Frutos de bendición, astros radiantes
Que de mi vida ilumináis el cielo.

Teresa, esposa mía, arcángel santo
Que mantiene la fe de mi conciencia,
Que hace del mundo y del hogar mi encanto,
Y del amor mi sola providencia.

Hijos, esposa, nítidos capullos
Que aromáis de mi hogar el tibio ambiente:
Cifro en vosotros todos mis orgullos,
Mi sed de gloria, mi ambición ardiente.

Hijos, mujer; mis faros de ternura,
De dichas y de amor: habéis trocado
En venturanza eterna mi amargura
Y en porvenir sin sombras mi pasado.

Hijos, mujer, sois fuego que me alienta
Y en la borrasca mundanal mi abrigo;
Iris de paz en que el Creador ostenta
Su infinita bondad para conmigo.

Angeles que mi hogar con vuestras alas
Amparáis y cubrís: el Cielo quiso
Que ostentárais espléndidas sus galas
Y me dió por hogar un paraíso.

Paraíso de amor, nido bendito,
Cielo eterno de vívidos matices,
Que lleva en toda su amplitud escrito:
Los que moran aquí, son muy felices.

....

Hijos míos, se agolpan en mi mente
En ruidoso tropel y torbellino
Ideas mil en giro diferente
Al juzgar y medir vuestro destino!

Porvenir de mis hijos! Mi ideal santo,
Mezcla de pena y gozo, obscuro arcano
Que así entusiasma como aflige tanto!
Marcádselos, Señor, con vuestra mano!

Que en sus pechos, Señor, crezca y germine
Lo que en grandezas de alma se transforma;
Vuestra mano, doquier los encamine,
Que el bien y la virtud les dé por norma.

Velad por ellos, ya que generosa
Vuestra bondad me concedió, prolijos,
Un joyel de virtudes por esposa
Y dos hermosos ángeles por hijos.

Angeles de esperanzas, que infinito
Tornan mi bien que de inquietarse cesa:
Mi gloria de mañana, Josecito,
Y de mi hogar el genio, mi Teresa.

Señor, Dios de bondad, ved con clemencia
Las joyas con que habéisme enriquecido,
Bendecidlas, Señor, ved mi conciencia:
Por mi amor y mi dicha, yo os lo pido.

1895. *JOSÉ AZURDIA.*

¡¡No tienen madre!!

Era una tarde límpida y serena:
¡Cómo se abre de nuevo la honda herida!.........
De un íntimo pesar, la amarga pena,
Me llevó á la mansión donde almacena
La muerte á los que arranca de la vida.

¡Del sauz lloroso y del ciprés anciano
Tristes suspiros de dolor se oían;
Y allí en la tierra, sin orgullo vano,
El pobre, el rico, el siervo y el tirano
Juntos el sueño postrimer dormían!..............

¡Hijos del alma y del amor guardaban
Los sepulcros desiertos y sombríos;
Pero mis ojos con afán notaban
Que mientras unos húmedos estaban,
Había otros muy secos y muy fríos!.........

¡¡Hasta allí diferencias encontrarse!!.........
Como esto fuera para mí un misterio,
¿Si es que aquí debe la igualdad hallarse,
Cómo el contraste llegará á explicarse?
Le pregunté al guardián del Cementerio.

Y el guardador de la morada obscura
Que era, tal vez, inconsolable padre,
Me dijo con voz llena de amargura:
Los que duermen en seca sepultura,
¡Esos señor!...¡¡Ay Dios!!...¡No tienen madre!...

1887

P. Meza LUNA,
(Manuel Paz).

Consolación

(17 de junio)

El recuerdo de seres queridos,
La dulce memoria del bien que pasó,
Con qué fuerza destrozan el alma
Haciéndola triste llorar de dolor!

Pero ¡ay, nó! no es eterna la ausencia:
Sería terrible no creer que hay un Dios
Que después de la muerte nos brinda
Las gratas delicias de un mundo mejor.

Llanto ardiente que nubla los ojos,
Profundos suspiros que arranca el pesar,
Como bálsamo son de la herida
Que el duelo nos hizo con fiero puñal.

Cuánto alivian al alma que sufre,
Qué dulce consuelo piadosas le dan
Del cariño las lágrimas puras......!
¡Dichoso mil veces quien puede llorar!

Tras la vida de luto y miserias,
De crueles pesares, de ruin padecer,
Hay un cielo que Dios nos prepara,—
Jardín delicioso do eterno es el bien.—

Esperar y pedir!......Esperemos,
Tengamos confianza, sepamos vencer:
Que hay virtudes que salvan al hombre,
Y estas son la Esperanza y la Fe.

Antonio VALLADARES.

Tenacidad

I

¡Oh, necio corazón, y aun te estremeces
Cuando fijo mis ojos en su faz!......
Recuerdas, y te quejas, y suspiras,
Y tornas á llorar.........

II

¡Y aun la amas, cuando acaso indiferente
No piensa ni en tus penas ni en tu amor!...
¡Cuán ciego has sido para amarla tanto,
Oh, pobre corazón!

III

Tú estás aquí muriéndote en mi pecho,
Sin esperanza, pero siempre fiel!
¿Y estrañas que te olvide así tan pronto?......
¿No sabes que es mujer?

1886 *José Víctor GALVAN.*

